

Las observaciones precelentes se refieren sobre todo a las los primeras partes del libro. En cuanto a la tercera, hay exposiciones y valoraciones que me parecen acertadas y claras, como las dedicadas a la hermenéutica bultmanniana, o a la de O. Cullmann. Otras, en cambio, las encuentro imprecisas, de modo que dudo de que el lector, que no sepa de antemano el estado de las cuestiones, pueda enterarse con claridad de cuáles son, en efecto, las posiciones de Käsemann, Moltmann, von Balthasar, etc., acerca de la concepción de las profecías del AT y su cumplimiento en Jesús y en el NT.

Aunque el A. no trata expresamente de Cristología en ningún sitio, por la misma índole del tema es forzoso que, de alguna manera, tenga que haber alguna cristología subyacente en el modo de enfocar las cuestiones y desarrollarlas. A este respecto, acá o allá aparecen frases o párrafos, dichos como de pasada, cuyo sentido queda muy ambiguo —difícilmente podrían ser correctos en Teología católica—, o no encuentro que tengan apoyatura histórica alguna. Véase, por ejemplo, el siguiente párrafo de la pág. 308, imposible de aceptar: «Le mouvement baptiste (...) Il faut plutôt le voir comme un courant suscitant des pratiques baptistes qui n'aboutissaient pas obligatoirement à la constitution de groupes structurés. De ce courant émergeaient sans doute des groupes plus soudés: celui de Jean, assez important pour susciter de l'inquiétude chez Hérode Antipas, celui de Jésus qui fut sans doute un temps disciple du Baptiste, mais amena la constitution d'un groupe suffisamment démarqué de celui du Baptiste pour que des problèmes de relations se posent entre les deux groupes, problèmes dont on relève la trace dans les évangiles».

En cuanto a los dos últimos capítulos, hay algunas ideas interesantes, que pueden ofrecer horizontes para su profundización, como es la larga consideración de los términos *a quo* y *ad quem* del cumplimiento de las Escrituras (cfr pp. 303-317). Pero, en mi opinión, el ensayo del Prof. Beaudé, encaminado a formular una «teoría» sobre el cumplimiento de las Escrituras, no ha llegado todavía a suficiente madurez científica. Con todo es ciertamente meritorio haber apuntado un tema de estudio —con bastante aparato bibliográfico actualizado— cuya importancia teológica y exegética es evidente.

JOSÉ M.<sup>a</sup> CASCIARO

José María CASCIARO, *Estudios sobre Cristología del Nuevo Testamento*, Pamplona, Eunsá («Colección Teológica», 32), 1982, 395 pp., 16 × 24.

El Autor reúne, en este libro, varios ensayos, algunos ya publicados y otros inéditos, que giran alrededor de la figura de Cristo en el Nuevo Testamento, un tema que, como es sabido, es de vital importancia y está en el centro de apasionadas controversias. Sin embargo, el libro del Prof. Casciaro es todo lo contrario de una obra polémica o de controversia. Es más bien un libro que quiere decir una palabra serena y equilibrada para establecer un punto firme de referencia en el terreno de la exégesis del

Nuevo Testamento. La idea central que el Autor quiere exponer, demostrar y aplicar, es que la única vía de acceso a la «verdad» de Jesús es la lectura del Nuevo Testamento *in sinu Ecclesiae*. Esto quiere decir que el sentido profundo de los textos del Nuevo Testamento, desde los Evangelios a las epístolas paulinas, sólo puede ser descubierto por la razón, iluminada por la fe, que investiga sobre la totalidad del hecho cristiano como síntesis y conjunto de elementos, desde el nacimiento de Cristo, su predicación, muerte y Resurrección, hasta la venida del Espíritu Santo y el «tiempo de la Iglesia», sin excluir la referencia a las verdades últimas ya comenzadas y todavía no cumplidas. Sin esta referencia, por mucho que acuda a criterios de tipo histórico, filológico, cultural, el exégeta no puede llegar sino a resultados parciales y, con frecuencia, equivocados.

Si ésta, que hemos esbozado, es la idea central que vertebra los distintos ensayos, su hilo conductor, no faltan lógicamente numerosas y fecundas ideas colaterales. Entre ellas nos parece que destacan dos de importancia muy notable. La primera es la estrecha vinculación que existe entre un método exegético (por ejemplo, la crítica histórica, la *Formgeschichte*, la *Redaktionsgeschichte*, el estructuralismo, etc.) y los supuestos gnoseológicos de que parte. La segunda es el rechazo de la dicotomía Jesús histórico-Cristo de la fe. Esta distinción no sirve para hacer exégesis, porque cierra inevitablemente al exégeta en el círculo del escepticismo. La exégesis nunca nos podrá solucionar el problema de la identidad entre la historia y la fe. Este problema debe sencilla y llanamente ser rechazado como un falso problema, precisamente porque la fe está en continuidad y no en oposición con el conocimiento natural del hombre al que perfecciona. Pedir al exégeta que demuestre con la *sola Scriptura* la validez histórica de la Escritura misma no tiene, ni puede tener sentido. El exégeta debe descubrir el «sentido» de los libros Sagrados, no demostrar que son Sagrados. De no ser así, su trabajo se transforma en una labor de Sísifo. Lo que sí, por supuesto, se debe hacer es defender con medios *racionales* la verdad histórica de los Evangelios, pero esto es tarea del apologeta, del filósofo de las religiones, del historiador que utilizarán, en cada caso, criterios externos a la Escritura misma y, eventualmente, señalarán la no oposición interna de los Libros Sagrados. Pero esto no es exégesis, es una labor previa a la exégesis. El exégeta, en cambio, es propiamente un teólogo que quiere profundizar en el contenido de los Libros inspirados, buscando en ello, con un método regresivo, cómo está expuesta la doctrina que ya conoce. Esta tarea no elimina, por supuesto, un constante enriquecimiento de la teología, al contrario, lo favorece, así como favorece un conocimiento cada vez más profundo de la Sagrada Escritura misma; ni se opone, por otro lado, a que el exégeta haga, en determinadas circunstancias, también el papel del fundamentalista o del apologeta. Habrá casos en que esto será incluso necesario. Pero la continuidad entre la Teología Fundamental y la exégesis no quiere decir confusión, inversión de las tareas ni reducciones de la exégesis a la simple apologetica.

Todo esto que venimos diciendo constituye, por decir así, el armazón intelectual de fondo de los dos primeros capítulos del libro del Prof. Casciari: *Exégesis y Cristología y Las investigaciones sobre el acceso a*

*Jesús y la historicidad de los Evangelios en los últimos veinticinco años.* A la exposición histórico-sistemática sigue una comprobación en relación con un tema particularmente neurálgico: *El mesianismo trascendente de Jesús ante la situación política de su tiempo.* Este tercer capítulo cierra el tema de las «interpretaciones» que se han propuesto de la figura de Jesús y señala lo equivocado de toda interpretación del mesianismo en clave ideológica: revolucionaria, de afirmación de una libertad absoluta, de Cristo como celote, o en general cualquier interpretación cerrada en el ámbito político.

La parte central, y más densa, del libro está constituida por un estudio de la Cristología en el *Corpus paulinum* (cap. IV, de 164 pp.). Las conclusiones no son nuevas, ni el Autor lo pretendía, pero permiten una apreciación más exacta del centro de gravitación de la revelación del misterio de Cristo en los escritos de San Pablo.

El Autor parte de la conocida afirmación de que, en San Pablo, el *mysterion* fundamental, que presenta una doble vertiente, cristológica y soteriológica, es Cristo mismo, o mejor dicho es el plan de salvación que Dios Padre ha establecido *en to Christo*. Cristo, que es el principio y el primogénito de la creación, es también la cumbre de la historia de la salvación, su *pleroma*, es decir, su plenitud, perfección, cumplimiento. A la palabra *pleroma*, que expresa el papel excepcional que Cristo desempeña en los designios de Dios Padre, corresponde otra palabra que explica su sentido enriqueciéndolo al mismo tiempo con nuevos matices: *anakefalaiosís*. A través de una detenida investigación filológica, desarrollada sobre los escritos patrísticos, el Prof. Casciaro pone de relieve que la mayoría de los Padres latinos, al traducir *anakefalaiosís* por *recapitulatio*, han querido decir que en Cristo se resume toda la salvación, así como, en la terminología jurídica, la *recapitulatio* de un orador resumía, al final de una arenga, los temas de que había tratado. No es una traducción equivocada, pero sí parcial. *Kefalaion* es ciertamente «resumen», pero también «principio, comienzo» y sobre todo, «punto fundamental, básico». Así que *anakefalaiosasthai* quiere decir también «restaurar, poner como nuevo cimiento», y *kefalaion*, en sentido material, es la misma piedra angular. En definitiva, la expresión *anakefalaiosasthai ta panta en to Christo* quiere decir por lo menos tres cosas: que Cristo está puesto como piedra angular de salvación; que Cristo repara el orden roto por el pecado, devolviendo todas las cosas a Dios; que Cristo es la plenitud (*pleroma*), la cabeza, el principio (*arce*) y la fuente de toda la gracia divina. La «capitalidad» de Cristo, por tanto, no se refiere sólo a su cuerpo que es la Iglesia, sino que alcanza, de una forma oculta, misteriosa, pero real a la vez, a todo el cosmos. Más aún, el *pleroma* de Cristo, la plenitud y la perfección de la divinidad que habitan en él, se extiende a la Iglesia que resulta penetrada y transformada por esta plenitud hasta comunicarla ella misma al mundo. El estudio de estos términos (*pleroma*, *anakefalaiosís*) arroja mucha luz sobre las doctrinas cristológica y eclesiológica contenidas en el *Corpus paulinum*, haciendo descubrir en primer lugar la íntima conexión entre ellas. Cristo y la Iglesia son, cada uno en su orden y de modo subordinado, manifestaciones de la efusión del *pleroma* divino. Cristo lo es como Persona divina encarnada, la Iglesia como su prolongación en el correr de los

siglos. Es una concepción *toto coelo* distinta de la que —como se ha sugerido— pudiera venir del transplante, en el tronco de la doctrina cristiana, de una visión cosmogónica de tipo gnóstico.

El libro se cierra con dos ensayos más que redondean el tema de la cristología paulina. El cap. 5 (*El tiempo y la historia en San Pablo*) esboza una teología de la historia en base a los términos *aion*, *chronoi* y *kairos* utilizados por el Apóstol de las Gentes. El sexto y último capítulo (*En búsqueda de una breve síntesis de la Cristología del Nuevo Testamento*) vuelve sobre los textos clásicos del epistolario paulino para hacer ver cómo se articulan en la línea de la doble afirmación de la perfecta Humanidad y perfecta Divinidad de Cristo.

En conjunto se trata de una obra que, aunque un tanto fragmentaria, ofrece un armazón interior perfectamente coherente y sólido. Es un libro de corte clásico, que, lejos de hacer polémica, busca en primer lugar una mayor comprensión de lo revelado y luego descifrar la situación que se ha ido creando en la exégesis católica de estos últimos años. Entendemos que podrá ser un libro muy útil y, en ciertos aspectos, indispensable para los que trabajan en el terreno de la exégesis del Nuevo Testamento y sobre todo en los escritos paulinos.

CLAUDIO BASEVI

Ian Howard MARSHALL, *The Acts of the Apostles. An Introduction and Commentary*, Leicester (England), Inter-Varsity Press, 1980, 1.ª ed., 427 páginas.

Este comentario a los Hechos de los Apóstoles es un exponente de la notable atención que el libro de S. Lucas recibe en los últimos años por parte de exégetas e historiadores de los orígenes cristianos.

I. H. Marshall es profesor anglicano de Nuevo Testamento en la Universidad de Aberdeen y se suma al grupo de autores que, como J. Roloff (1981) y G. Schneider (1980, 1982), han comentado recientemente la gran obra lucana. Las investigaciones de nuestro autor (cfr. *Luke: Historian and Theologian*, 1970) culminan de algún modo en este libro, que se inscribe de lleno en la nueva vía tradicional de aproximación a los Hechos de los Apóstoles, recuperada en el ámbito no católico —después de un largo período crítico de cuño germánico— por el británico W. M. Ramsay († 1939) y continuada por el norteamericano F. F. Bruce y sus discípulos.

Un documentado libro de Ward GASQUE, seguidor de la línea de Bruce, presenta la compleja historia del trabajo exegético en torno a los Hechos y nos ayuda a entender las premisas y el alcance de la obra de Marshall. W. Gasque —*A History of the Criticism of the Acts of the Apostles*, Tübingen, J. C. B. Mohr (Paul Siebeck) BGBLEX, n.º 17, 1975, 324 p.— recorre en diez capítulos las vicisitudes del llamado estudio crítico de los Hechos, que pueden resumirse en cuatro etapas.

A) Después de varios siglos de pacífico estudio del libro según criterios tradicionales, F. C. Baur († 1860) inaugura en Alemania una ten-